

- 1 Presentación del suplemento literario de la revista *Marcha*, citado en Gilman, op. cit., p. 79.
- 2 *Ibíd.*, pp. 206-207.
- 3 Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina. 1956-1966*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993, p. 12.
- 4 Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del '60*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- 5 Gilman, op.cit., p. 60. De ahí deriva la lúcida advertencia de la autora cuando puntualiza que, a diferencia de aquella frase acuñada para caracterizar la época (*todo era política*), "más adecuado sería afirmar que la gramática característica de los discursos fue antes excluyente que acumulativa.", v. p. 32.
- 6 El relevamiento de revistas alcanza a aproximadamente 46 publicaciones periódicas, la gran mayoría latinoamericanas (aunque también se incluye un significativo grupo de europeas), entre las que cabe mencionar a la uruguaya *Marcha*, la ya mencionada *Casa de las Américas*, los semanarios informativos *Siempre* de México y *Primera Plana* de Argentina, también *El escarabajo de oro* y *El grillo de Papel*, la peruana *Amaru*, la mexicana y bilingüe *El corno emplumado*, la cubana *El caimán barbudo*, la editada en París y Buenos Aires *Mundo Nuevo*, y *Libre*, también en París.
- 7 "En las revistas confluyeron, por un lado, la recuperación del horizonte del modernismo estético; por otro, un espacio de consagración alternativo a las instituciones tradicionales e instancias oficiales. Y, finalmente, la construcción de un lugar de enunciación y práctica para el intelectual comprometido. En cierto modo, un lugar que le provee un objeto, un espacio simbólico, un contexto o un destino. Ese objeto o destino se denominó Latinoamérica", *Ibíd.*, 78-79. Resulta interesante el señalamiento de la autora respecto de la lógica de intercambios, préstamos, ecos y repeticiones que caracterizó al entramado de revistas latinoamericanas del período, por oposición a la lógica de exclusividad y búsqueda de identidad singular que caracteriza a este tipo de publicaciones en otras épocas.

***A propósito de Colectivo Situaciones-MTD-S, Hipótesis 891. Más allá de los piquetes, Buenos Aires, 2002 y de Raúl Zibechi, Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento, Montevideo-La Plata-Buenos Aires, Nordan-Letra Libre, 2003***

*"No había clases. Mirabas y eran todos compañeros. ¡Avancemos!, decía alguien, y avanzábamos. Yo, piquetero, y a mi lado gente de traje y corbata. No importaba nada. Cuando esos hijos de puta tiran no preguntan de qué clase sos."*

En la última década en la Argentina, hemos asistido, como testigos y víctimas, al hundimiento -a veces lento, en los últimos cinco años vertiginoso- de un sistema legado por la dictadura '76-'83, que se prolongará con la "democracia rehén" de Alfonsín y la apoteosis de los ganadores del "proceso" reconvertidos a la rapiña con el menemato '89-'99 y su continuador De La Rúa. Un sistema que estableció la impunidad para el pequeño grupo que concentraba los recursos escasos de un país que se achicaba permanentemente, produciendo la más bárbara pauperización y finalmente la condena a la exclusión de la tercera parte de la población. Enfrentada con la barbarie nuestra sociedad generó formas de resistencia variadas, novedosas y, como mostraron los sucesos de diciembre 2001, exitosas respecto a generar hechos políticos. Se los dio en llamar nuevos movimientos sociales, entre otras cosas porque por primera vez las organizaciones sindicales no tenían ninguna participación decisiva en su desarrollo, y el mismo movimiento obrero parecía aquejado por una notable quietud en momentos en que el derrumbe del sistema se aceleraba, pero además porque las mismas bases sociales de estos movimientos eran de imposible encuadre profesional. Tampoco había organizacio-

nes políticas en el origen de estos nuevos movimientos, e incluso no se dejaban capturar tan fácilmente por las mismas. Las primeras “puebladas” en el interior con un hito en Cutral-Có (Neuquén) o Gral. Mosconi (Salta) alumbraron la aparición de estos nuevos actores sociales que demandaban justicia. Habían sido desplazados de sus fuentes de subsistencia en empresas de servicios del Estado que fueran reconvertidas y privatizadas o víctimas del achicamiento administrativo del Estado Nacional y los provinciales. La lista agrupada de víctimas es extensa y no la haremos constar aquí, pero ciertamente representa grupos sociales emergentes de un campesinado sin tierras o con ocupación precaria, como es el caso del MOCASE (Movimiento Campesino de Santiago del Estero), o las Ligas Mapuches en el Sur; y exproletarios o excluidos del salariado en centros urbanos y suburbanos que lograron su visibilidad en los medios mediante el expediente exitoso de interrumpir los circuitos de circulación de mercancías en las rutas nacionales, haciéndose por esto acreedores a una denominación que falsea su origen y las condiciones de su existencia. Se les llamó “piqueteros” por que fue el “piquete” su actividad más visible.

Tardaron en aparecer los primeros textos críticos que dieran cuenta de la nueva situación, y no se limitaran a la coyuntura inmediata posterior al 19/20 de diciembre de 2001. De los que han aparecido rescatamos dos textos que aportan a un debate que recién comienza. El libro de Raúl Zibechi recorre los últimos diez años de nuestra historia reseñando y analizando las formas de estos nuevos movimientos sociales. Por el contrario, el texto escrito en colaboración entre el Colectivo Situaciones y el MTD de Solano acomete un análisis específico de esta experiencia. En este último caso, desde el principio es expresa la voluntad de destacar que este es el producto de un *sujeto-objeto*, esto es: producto del autoanálisis de una experiencia protagonizada por uno de los movimientos emblemáticos de esta nueva

generación de organizaciones sociales. El interés del mismo no reside solamente en las conclusiones que derivan de los talleres de discusión propuestos por el Colectivo Situaciones al MTD, sino además por el esfuerzo teórico de aquel grupo, desarrollado en la primera parte del libro. De hecho, no es el primero<sup>2</sup>, y llama la atención el relativo silencio con que ha sido recibida su intervención política en los medios intelectuales y por los propios grupos políticos inevitablemente aludidos en el desarrollo de sus razonamientos.

El texto comienza estableciendo claramente el tipo de investigación de la que trata. No es solamente un método, sino una postura frente a la misma investigación. Contrapone el rol del investigador académico, que “objetualiza” desde afuera atribuyendo valores a su objeto, construyéndolo como tal; del investigador-militante que efectúa una investigación en la que él mismo y su experiencia son los relevados, que busca conocimientos prácticos para intensificar y eficientizar su propia práctica. Se proclama crítico de las militancias partidarias y las “humanitarias” de las ONG’s. Las primeras, execradas por su utilitarismo, sus “saberes” de la estrategia, la ausencia de “encuentro”, “afinidad” o autenticidad, reemplazados por la “táctica”, el “acuerdo”, la representación, los segundos por su visión idealizada e inmodificable del mundo, frente al cual sólo cabe destacar esfuerzos en zonas marginales –más o menos excepcionales– en las que reina la miseria y la irracionalidad.

Y a continuación enuncia las cuatro condiciones de una *investigación militante*: 1) el carácter de la motivación que sostiene la investigación; 2) el carácter práctico de la investigación (elaboración de hipótesis prácticas situadas); 3) el valor de lo investigado, que sólo se dimensiona en su totalidad en situaciones que comparan tanto la problemática investigada como la constelación de condiciones y preocupaciones; y 4) su procedimiento efectivo: su desarrollo es ya resultado, y éste redundante en una inmediata intensifi-

cación de los procedimientos efectivos.

Establecida la distinción con los investigadores académicos, establecen entonces sus diferencias con los militantes políticos: “Si sostenemos la distinción -como intentamos hacerlo a lo largo de este libro- entre ‘la política’ (entendida como lucha por el poder) y las experiencias en que entran en juego procesos de producción de sociabilidad o de valores, podemos distinguir entonces al militante político (que funda su discurso en algún conjunto de certezas), del militante investigador (que organiza su perspectiva a partir de preguntas críticas respecto de esas certezas)”<sup>3</sup>. Afirman que la experiencia del MTD de Solano no es una línea política, sino una crítica de las “líneas”, que investiga su circunstancia y hace crítica en su circunstancia. Pero ¿se incluye el colectivo Situaciones en esta definición? Porque este Colectivo que tuvo su origen en una experiencia política universitaria<sup>4</sup> y que asume en el plano científico una crítica de los métodos de investigación, podría admitir que una tal investigación no es otra cosa que “práctica política”. Que se autoanaliza y saca conclusiones, es claro, pero ¿será necesario volver a definir la política? Es probable, algo de eso se obtiene de la lectura de este libro. En cualquier caso, no es clara esta distinción y en general nunca se sabe bien si quien habla es el MTD-S o el Colectivo Situaciones transformado en su exegeta.

Los autores parecen hacerse cargo del lenguaje “situacionista”<sup>5</sup> de sus publicaciones, una referencia presente en muchas figuras del lenguaje no convenientemente explicitadas, modalidad que significa una notable dificultad para la comprensión de su discurso. Ellos mismos constatan el rechazo que cosecharon en algunos círculos donde su producción fuera catalogada como un producto “idealizado del lenguaje”. Sin embargo, enseguida escapan a definir un marco filosófico para su accionar, y ahora es claro que hablan de sí mismos cuando para evitar la responsabilidad de sus elecciones políticas ideológicas o filosóficas deci-

den declararse “muertos” como autores y transformarse en “lectores” de sí mismos, para intervenir desde allí en el debate que seguramente despertarán sus escritos, pierden, por supuesto, el privilegio de una “autorizada” interpretación. Ganan en cambio –y lo reivindican– un lugar horizontal de participación en la discusión de su propia experiencia.

El Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano agrupa a más de 800 familias de varios barrios de esa localidad del Sur del Conurbano Bonaerense. En agosto de 1997 comenzaron a organizarse en torno a la parroquia del barrio San Martín, su participación en las acciones de cortes de rutas y reclamos de los movimientos piqueteros, es, por supuesto, su actividad más conocida. La participación de ONG's y partidos políticos tomó enseguida a estos movimientos como objeto de su solidaridad. Solidaridad que no excluye a veces el reconocimiento del modelo que distingue ganadores (incluidos) de perdedores (excluidos y animalizados, percibidos como inhabilitados para un accionar autónomo). Sin embargo, la radicalidad y autonomía de los métodos de lucha puestos en práctica por estos movimientos, alteró esa visión victimizadora<sup>6</sup>, convirtiendo al movimiento piquetero en auténtico “objeto de deseo” de la política revolucionaria. De hecho, son movimientos –todos ellos– muy distintos, cuya unidad formal está puesta por fuera de ellos por quienes perciben una cierta unidad de acción en la modalidad del piquete (el corte de rutas), la dependencia de los subsidios estatales y la situación de marginalidad social. Hacia adentro, por el contrario, cada experiencia es distinta y como lo visualizan los autores de este libro, sólo responde a la “situación” particular que vive cada uno.

Entre otras características la experiencia del MTD-S se ha hecho famosa por su horizontalidad en la conformación de un contrapoder que no busca la toma del poder estatal, sino la transformación de la sociedad desde su propia práctica, construyendo nuevas redes de sociabilidad

transformada. Labor que consiste en “potenciar diferentes proyectos económicos, políticos, culturales artísticos, entre los vecinos del barrio y las familias vinculadas al movimiento, destinados a resolver problemas tales como la desocupación, la alimentación y la capacitación, pero que a la vez logran producir cohesión social y multiplican las dimensiones de la existencia (valores y sentidos)”<sup>7</sup>.

En un marco de fragmentación, miseria e impotencia, esta experiencia que hace eje en formas horizontales de trabajo y de toma de decisiones, la autonomía, el pluralismo y el respeto por la diversidad, resignifican el “corte de ruta” y las vinculaciones con el Estado, convirtiendo a éstas últimas en instrumentales y no centrales.

¿De dónde se parte? De la identidad. Se hace necesario definir la exclusión, porque el “excluido”, el que está “afuera”, en un territorio del que no se regresa, no es sólo un “pobre”. La categoría de “exclusión” nada tiene que ver con gradaciones de la pobreza: “La exclusión es la forma específica en que nuestras sociedades incluyen –se representan– a una parte creciente de la sociedad, que es “producida” como excluida y tenida por tal”<sup>8</sup>. El éxito de esta noción reside en que nombra lo que la misma sociedad produce como si fuera algo ajeno a la misma. Cuando lo cierto –e intolerable– es que incluidos y excluidos forman parte de la misma sociedad.

La potencia de estas experiencias reside en su capacidad de organizar la exclusión, porque si el primer dato de la identidad es la “carencia” (el desocupado es alguien que carece de trabajo), la proeza ha sido el logro de una identidad que supere la carencia para afirmarse en una práctica nueva. Y si al principio fue su actividad de reclamo: el piquete, y de allí la denominación “piqueteros”, las iniciativas económicas y sociales van generando nuevas identidades relacionadas con un “trabajo autónomo”, no explotado. Como ellos mismos dicen: “Ya no se trata de anunciar su deseo de ‘volver a ser ocupados’, de solicitar el reingreso a un segmento de la

deshecha estructura social, que sólo podría eventualmente, aceptarlos en condiciones que ellos han aprendido a despreciar. Ni incluidos, ni excluidos, sino más allá de estas representaciones”<sup>9</sup>.

La política ya no pasa por la política: “Lo político –lo estatal, lo partidario– pertenece a nuestras sociedades más como una máquina que registra (malversando) los ecos de las transformaciones en curso, antes que como un sitio productor de estas transformaciones.”<sup>10</sup> Es inevitable ver un eco “situacionista” aquí, busca inconscientemente la referencia a Guy Debord, los estudiantes franceses de fines de los '60, o el “concejismo” italiano de mediados de esa misma década. Quizá fuera necesario repasar los ecos de aquella producción. Y es en cierto modo lamentable que no haya en el libro un llamado expreso a revisar esa “tradición”.

El fin de la centralidad de lo político fue visto como el fin de la historia por neo-liberales y posmodernos. Muerta la política, la derrota de las experiencias emancipatorias es –desde su óptica– la derrota de todo proyecto de transformación social. Pero el fin de la centralidad de la política no es el fin de la política, se trata de despolitizarla para acercarla a la multiplicidad de la existencia: “se trata de asistir a formas de constitución de núcleos capaces de producir una perspectiva interna a las experiencias de nueva sociabilidad, potenciando y componiendo lazos, saberes e hipótesis de trabajo.”<sup>11</sup>

Los temas tratados a lo largo de ocho horas de grabación van desde la historia del movimiento, los criterios con que se organizan y trabajan, la relación con el resto de los movimientos, su relación con los medios de comunicación, con los grupos que se acercan con distintas propuestas, su forma de entender la política y su reflexión sobre el contrapoder. Resulta sin duda un material denso y sustancioso, que –repetimos– es esperable que active la interpretación crítica de estos años y sus potenciales alternativas para el movimiento popular.

En cuanto al libro de Raúl Zibechi, éste tiene un gran mérito: el de poner orden en un movimiento aluvional y vertiginoso, que recorre los años '90 desprendiendo centenares de experiencias sociales únicas, distintas, pero con algunos rasgos comunes que este trabajo permite asimilar.

El autor se remonta muy atrás en la búsqueda de los orígenes de estos nuevos movimientos sociales, tan lejos como los primeros años de la dictadura transcurrida entre 1976-'83 y el surgimiento de Madres de Plaza de Mayo, seguirá luego la conformación de HIJOS ya entrada la democracia, los movimientos juveniles (de fanzines, murgas, etc.), el movimiento de radios libres como "La Tribu" hacia 1989, la creación de la CTA en 1992, más tarde la celebración de los Encuentros de Organismos Sociales hacia 1997 que totalizaron seis encuentros entre ese año y 1999, y hacia el año 2000 se transformó en Coordinadora de Organizaciones Populares Autónomas, para concluir con una minuciosa historia de los movimientos de desocupados originados como asentamientos durante el transcurso mismo de la dictadura para resurgir con la impronta radicalizada que hoy les reconocemos a fines de los años '90.

¿Qué define a estos movimientos como nuevos? Para Zibechi esta clasificación surge de comparar el carácter "instrumental" de los viejos movimientos sociales<sup>12</sup>, rígidos y centralizados, que contrastan con la autonomía y horizontalidad de movimientos creados sobre la base de relaciones interpersonales que cuestionan la lógica de la "representación". Hay sin duda una afinidad teórica con los textos del colectivo Situaciones<sup>13</sup>, cuando se constata que estos movimientos no tienen por origen un discurso universalista, sino por el contrario que es la situación la que los genera. La "coincidencia" se da naturalmente en espacios alejados de la representación, son generadores de hechos políticos sin que sea ese expresamente su cometido. En el 2º Encuentro de Organizaciones Sociales en marzo de 1998 coinciden ciertos grupos estudiati-

les<sup>14</sup> y barriales, periódicos y revistas independientes, radios de baja frecuencia, murgas, centros culturales, cooperativas, organizaciones de defensa de los Derechos Humanos, ONG's, organizaciones de solidaridad en temas de infancia y salud, grupos feministas, de minorías sexuales, de desocupados y alguna mínima participación sindical. Este es el espectro, al que habría que agregar los asentamientos en tierras fiscales o privadas como es el caso de los movimientos indígenas en el sur o la experiencia del MOCASE y los nuevos colectivos de trabajadores de fábricas ocupadas y autogestionadas.

Aunque el ensayo hace eje en organizaciones del tipo de las mencionadas, concede, sin embargo, un importante espacio al análisis de la experiencia de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) que, surgida en 1992, se convirtió para el autor en "la experiencia más avanzada que ha dado el sindicalismo en América latina luego de la derrota de los setenta".<sup>15</sup> Destaca el valor de su trabajo territorial<sup>16</sup>, "algo totalmente excepcional en el movimiento sindical en cualquier parte del mundo", la creación de un movimiento juvenil y el lugar ocupado por la mujer y su reivindicación de género en el desarrollo de esta organización. Destaca también su combatividad y democracia interna. Sin embargo, siendo ésta una organización tan vasta y amplia, no consiguió agrupar en su seno a los nuevos movimientos sociales que prefirieron mantenerse en la autonomía y conformar redes propias como la COPA. Zibechi lo explica como una diferencia cultural, con el sindicato, su forma rígida, el imperio del número en su modo de arribar a acuerdos. Exhibe una larga lista de razones para este desencuentro, pero finalmente concluye que "el sindicato de masas puede ser todo lo combativo que se quiera, pero no pertenece a la categoría de movimientos que tienen la emancipación como horizonte. Se inserta en la lógica del progreso y en esa misma dirección postula el desarrollo y la evolución de sus afiliados". Encuentro prejuiciosa esta conclu-

sión, parecería obedecer al *diktat* de Lenin<sup>17</sup> que apenas le concedía finalidades tradeunionistas al sindicalismo, puesto que sólo el "Partido", vanguardia consciente del proletariado que traía a éste desde el exterior la teoría y el conocimiento, podía —una vez tomado el poder— transformar completamente la sociedad. Hay aquí —no muy oculta— la reivindicación de una de aquellas antinomias fuertes que polarizaban el debate hace 20 años, del tipo Reforma vs. Revolución. Y es curioso, porque el rescate que pretende hacerse de algunos grupos "ejemplares" del movimiento piquetero, pasa justamente por la reivindicación no sólo de sus prácticas horizontales y autónomas, sino por su concepto de revolución, alejado de las "tomas de palacio" comunes a las viejas estrategias revolucionarias, para, por el contrario, involucrarse en el cambio cotidiano e invisible, hecho de pautas culturales y pequeñas transformaciones económicas, que podían haber sido vistas como "reformistas" por los revolucionarios de los años '70. Finalmente, ¿qué significa esto de transformar la sociedad sin tomar el poder?<sup>18</sup> Y para concluir, ¿por qué no podría la CTA hacerse cargo de estas acciones que significan transformaciones al interior del sistema de dominación? ¿No lo hace acaso, cuando gesta una organización territorial del tipo de la FTV (Federación de Tierra y Vivienda) muy cercana conceptualmente al MST de Brasil, que propicia la toma de tierras por desocupados, o la autogestión y autoorganización de fábricas recuperadas a las que brinda su solidaridad? Ciertamente no se ve aquí una contradicción flagrante, al menos así planteada. Sobre todo cuando el propio Zibechi dos párrafos más adelante reconoce que la CTA plantea cosas similares y a veces en los mismos términos que las acordadas en los EOS (Encuentros de Organismos Sociales), por ejemplo: "Claudio Lozano habla de 'correr al Estado del centro de la construcción de poder', y cita la frase del Subcomandante Marcos 'Vamos a ver qué tipo de militante o qué tipo de hombre genera un movimiento que no tiene por ob-

jetivo ocupar el Estado', otros dirigentes hablan de horizontalidad".<sup>19</sup>

El libro avanza en el análisis de la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón. Un largo capítulo hará centro en esta experiencia en general y la del MTD de Solano en particular, por lo que inevitablemente se cruzará con las interpretaciones que el Colectivo Situaciones hace de este caso, a veces citando y a veces reinterpretándolas en un lenguaje más amigable. Las últimas alternativas de la crisis argentina que dispararan los hechos de diciembre de 2001, sirven para cerrar provisoriamente este panorama. Dos últimos capítulos invertirá el autor en las conclusiones de este extenso período. El epílogo, escrito por Luis Mattini, funciona como una conclusión de conclusiones en tan sólo cinco carillas.

Zibechi es miembro de la redacción de la revista uruguaya *Brecha*, y ya Nordan le editó otros dos libros en los que bucea la realidad de los nuevos movimientos sociales en América Latina: *La mirada horizontal. Movimientos Sociales y Emancipación y Los arroyos cuando bajan. Los desafíos del zapatismo*. Lector de Holloway y de Negri y seguidor de algunos de sus más famosos razonamientos, esta cita orienta de algún modo parte de las conclusiones del trabajo: "el Estado no puede ser una herramienta para la emancipación ya que no puede construirse una sociedad de relaciones de no-poder por medio de la conquista del poder. Una vez que se adopta la lógica del poder, la lucha contra el poder ya está perdida".<sup>20</sup> El mismo Holloway firma un elogio de esta obra en la contratapa identificando las luchas aquí reseñadas como "zapatismo urbano". Zibechi asume su tradición marxista, y es criticándola como confirma a Holloway: "el siglo pasado pone de relieve la imposibilidad de avanzar desde el poder hacia una sociedad nueva. El Estado no sirve para transformar el mundo. El papel que le atribuimos debe ser revisado".<sup>21</sup> Es inevitable desde una óptica libertaria la tentación de señalar que esto fue dicho por los fundadores de esta tradición, en

los mismos términos, hace más de cien años y, que desde entonces este saber forma parte indisoluble de su práctica. En cualquier caso es altamente auspiciosa la crítica que una gran parte de la izquierda hizo del leninismo, y que esta crítica promueve la constitución de organizaciones horizontales y autónomas, organizaciones complejas en las que el poder se socializa tanto como cualquier otra necesidad humana.

Prolifera mucho texto periodístico sobre los fenómenos aludidos en estos textos, en general no son más que descripciones —a veces poco exhaustivas— con muchas fotografías. Por lo mismo, es especialmente destacable la aparición de estos libros, el uno más atento al movimiento general de la sociedad y su crisis enmarcada en la crisis de América latina, el otro más centrado en el análisis de una "situación concreta", una experiencia símbolo de la potencialidad de estos nuevos movimientos sociales, ambos imprescindibles para comprender la coyuntura argentina actual.

#### Fernando López Trujillo

- 1 Palabras de un militante del MTD de Solano en una asamblea en un galpón comunitario del movimiento, comentando la jornada del 20 de diciembre de 2001, en Raúl Zibechi, op. cit.
- 2 Este es el séptimo trabajo publicado por el Colectivo bajo el sello De mano en mano. Lo anteceden: *Situaciones 1 Los Escrachos (2000)*; *La experiencia MLN-Tupamaros (2001)*; *Movimiento Campesino de Santiago del Estero (2001)*; *MTD de Solano (2001)*; 19 y 20. *Apuntes para el nuevo protagonismo social (2002)*; *Mesa de Escrache Popular(2002)*.
- 3 *La Hipótesis 891*, op.cit., p. 17. Sobre la concepción del *militante-investigador* que define la actividad del Colectivo Situaciones ver: Miguel Benasayag y Diego Sztulwark, *Política y Situación. De la potencia al Contrapoder*, Buenos Aires, De Mano en Mano, 2000.
- 4 Agrupación El Mate en la Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

- 5 Sobre la Internacional Situacionista, véase Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-Textos, 1999. I.S., *Sobre la miseria en el medio estudiantil*, Barcelona, Anagrama, 1976. Gianfranco Sanguinetti, *Sobre el terrorismo y el estado*, Bilbao, 1993. *Un terrorismo en busca de dos autores*, Bilbo, muturreko burutazioak, 1999. Raoul Vaneigem, *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*. Barcelona, Anagrama, 1977.
- 6 Aunque víctimas han tenido con creces. Los primeros muertos los ofreció Neuquén a mediados de la década del '90, enseguida un sendero de sangre se extendió por todo el país. El gobierno radical asumió a fines de 1999, con incidentes y muertes en la Provincia de Corrientes y se fue en diciembre de 2001, regando de sangre la Plaza de Mayo y sus adyacencias. La misma Coordinadora Aníbal Verón fue golpeada y cuenta sus víctimas. Dos de sus más queridos militantes, Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, fueron muertos en junio de 2002 en la masacre del Puente Pueyrredón.
- 7 *La Hipótesis 891*, op. cit., p. 28.
- 8 *Ibid.*, p. 30.
- 9 *Ibid.*, p. 31.
- 10 *Ibid.*, p. 33.
- 11 *Ibid.*, p. 34.
- 12 Sindicatos, partidos de izquierda, etc.
- 13 Por otra parte, son citados expresamente algunos textos de este grupo anteriores al aquí reseñado.
- 14 Independientes de los Partidos.
- 15 *Ibid.*, p. 75.
- 16 La Federación de Tierra y Vivienda del CTA agrupa a asentados en tierras fiscales, villas de emergencia, colectivos barriales de desocupados, etc.
- 17 Expresamente condenado por Zibechi, en otras partes de este libro.
- 18 Véase entrevista de Rebecca de Witt a Todd May en *Perspectives*, vol. IV, n°2, 2000, también en *El Rodaballo* n°13, invierno 2001.
- 19 Zibechi, op. cit., p. 77.
- 20 John Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Buenos Aires, Herramienta, 2002.
- 21 Zibechi, op. cit., p. 202.